

# SERMON

PARA

EL CUARTO DOMINGO

DE CUARESMA.

*Acerca de la humanidad de los grandes  
para con el pueblo.*

Cum sublevasset oculos Jesus, et vidisset quia multitudo maxima venit ad eum.

*Levantando Jesus los ojos y viendo una gran muchedumbre de pueblo que venia á él. (Joan. VI, 5).*

SEÑOR,

Ni la omnipotencia de Jesucristo, ni el milagro de los panes multiplicados por sola su palabra deben hoy movernos ni admirarnos, porque aquel que todo lo habia hecho, sin duda lo podia todo sobre las criaturas que son obra

( 117 )

suya; y lo que mas conmueve los sentidos en este prodigio, no es la materia que yo elijo hoy para consolarnos é instruirnos.

Lo es su humanidad para con los pueblos, pues viendo una muchedumbre errante y hambrienta al pie del monte, se conmueven sus entrañas, se excita su piedad, y no puede negar á las necesidades de estos desgraciados, no solo el socorro, sino tambien la compasion y la ternura: *Vidit turbam multam et misertus est eis* (Mat. XIV, 14).

En todas partes se ven en él rasgos de humanidad en favor de los pueblos, y al contemplar las desgracias que amenazan á Jerusalem, alivia su propio dolor con su compasion y con sus lágrimas. Cuando dos de sus discípulos quieren hacer bajar fuego del cielo sobre una ciudad de Samaria, él se interesa por humanidad en favor de aquella contra su zelo mal entendido, y les vitupera, porque ignoran todavía el espíritu de dulzura y de caridad de que han de ser ministros. Si los apóstoles apartan con aspereza una muchedumbre de niños que

le rodean, se ofende su bondad de que quieran impedirle el ser accesible; y cuanto mas alejan de su persona, por un respeto mal entendido, los débiles y los pequeños, tanto mas su clemencia y afabilidad se los acercan.

Es una gran leccion de humanidad para con los pueblos la que Jesucristo da hoy á los príncipes y á los grandes; porque no lo son sino para los demas, y no disfrutan propiamente de su grandeza sino en cuanto es útil al resto de los hombres; esto es que la humanidad para con los pueblos es la primera obligacion de los grandes, y es tambien el uso mas delicioso de la grandeza.

#### PRIMERA PARTE.

Señor. Todo poder viene de Dios, y cuanto tiene aquel origen se ha establecido para utilidad de los hombres. Los grandes serian inútiles en el mundo, si en él no hubiese pobres y desgraciados, y aquellos no deben su obligacion sino á las necesidades públicas; de manera que lejos de que los

pueblos se hayan hecho para ellos, no son ellos lo que son, sino para los pueblos.

¡ Que espantosa Providencia, si el género humano solo existiese sobre la tierra para servir á los placeres del corto número de dichosos que habitan y que muchas veces desconocen al Dios que los colma de beneficios!

Si Dios, pues eleva á algunos, es para que sean el apoyo y recurso de los demas, y solo entran aquellos en el orden de los consejos de la sabiduría eterna, porque les impone el cuidado de los débiles y de los pequeños. Cuanto hay de real en su grandeza, es el uso que de ella deben hacer en favor de los que padecen; y es el único distintivo que Dios les ha concedido; de modo que solo son ministros de su bondad y de su providencia y pierden el derecho y título de grandes, desde que quieren serlo únicamente para sí mismos.

La humanidad para con los pueblos, es pues, la primera obligacion de los grandes, y en la humanidad, se contie-

nen la afabilidad, la generosidad, y la proteccion.

Decimos la afabilidad, si señor, porque puede asegurarse que la altivez, es el vicio que generalmente domina á los grandes, y solo deberia ser el triste recurso de los plebeyos y de la oscuridad. Seria mucho menos reparable á los que nacen, por decirlo asi, en el fango, el engreirse, elevarse, y procurar ponerse, con la vanidad secreta del orgullo, al nivel de aquellos á quienes son muy inferiores por nacimiento. Nada choca mas á las personas de un nacimiento oscuro y vulgar que la enorme distancia que la casualidad ha puesto entre ellos y los grandes; siempre pueden lisonjearse de la vana persuasion de que la naturaleza ha sido injusta de hacerlos nacer en la oscuridad mientras que ha reservado el esplendor de la sangre y de los títulos para muchos, cuyo mérito consiste únicamente en el apellido; y asi, cuanto mas bajos se encuentran, menos creen hallarse en su puesto. Por eso la insolencia y la altanería son muchas veces el patrimonio del populacho mas

vil; y los antiguos reinados de la monarquía le han visto algunas veces sublevarse, querer sacudir el yugo de los nobles de los grandes, y decretar su extincion y ruina total. Por el contrario, los grandes colocados en la elevacion por el nacimiento, no pueden hallar gloria sino en bajarse; porque no tienen ya distincion que apetecer, en cuanto á la clase y nacimiento, y solo pueden adquirirla por la afabilidad; de modo que si todavia hay algun orgullo que les pueda ser licito, es el de hacerse humanos y accesibles. Y aun puede añadirse que la afabilidad es como el carácter inseparable y la señal mas segura de la grandeza. Los descendientes de aquellas familias antiguas é ilustres, á las que nadie disputa la superioridad de su nombre y la antigüedad de su origen, no manifiestan en su semblante el orgullo de su nacimiento, y dejan ignorar este, si puede ignorarse; porque los monumentos públicos testifican lo bastante, sin necesidad que ellos hablen de él. No se conoce su elevacion sino por una noble sencillez, y se hacen todavia mas

respetables, admitiendo con señales de disgusto el respeto que se les debe; pues entre tantos títulos que los distinguen, la cortesía y la afabilidad son la única distincion que afectan. Por el contrario, aquellos que se adornan de una antigüedad dudosa, y á quien por lo bajo, se contestan el esplendor y las preeminencias de sus mayores, temen siempre que se ignore la grandeza de su familia, la tienen sin cesar en la boca, creen afianzar la verdad afectando orgullo y altivez, substituyen esta á los títulos; y exigiendo mas de lo que se les debe, hacen que se les dispute, aun aquello que debería dárseles.

Efectivamente, cuando se ha nacido para ser grande, se hace menos caso de su elevacion; porque el que se envanece por el grado eminente en que le han puesto el nacimiento y la fortuna, manifiesta que no habia nacido para elevarse tanto; pues las mayores dignidades son siempre inferiores á las almas grandes; y nada las engria ni deslumbra, porque nada es superior á ellas.

La altivez, pues, nace de la media-

nia, ó no es mas que un artificio para ocultarla y una prueba cierta de que perderia, manifestándose de muy cerca. Se ocultan con la altivez defectos y flaquezas que ella misma descubre y manifiesta, y el orgullo sirve de suplemento, si asi puede decirse, del mérito, y se ignora que este nada tiene que menos se le parezca que el orgullo.

Por eso los hombres mas grandes, Señor, y los mejores reyes, siempre han sido los mas afables. Una simple muger Tecuita expuso sencillamente á David sus pesares domésticos, y si el esplendor del trono se templaba con la afabilidad del soberano, esta aumentaba aquel mismo esplendor y magestad.

Nuestros reyes, Señor, nada pierden en hacerse accesibles; porque el amor de los pueblos les afianza el respeto debido. El trono no es alto sino para ser el asilo de los que vienen á implorar vuestra justicia ó vuestra clemencia; y cuanto mas facilitais el acceso á vuestros súbditos, tanto mas aumentais el esplendor y la magestad de aquel.

Aquellos príncipes invisibles y afemi-

nados, aquellos Asueros, para quienes era un crimen capital, aun en la misma Ester, el atreverse á presentarse á ellos, sin su órden, por lo que sola su presencia helaba la sangre en las venas de los suplicantes, cuando se los veia de cerca no eran mas que unos miserables ídolos, sin alma, sin vida, sin valor y sin virtudes, entregados en el retiro de sus palacios, á viles esclavos, separados de toda comunicacion, como si fuesen indignos de manifestarse á los hombres, ó como si estos, siendo de la misma naturaleza, no mereciesen verlos, de manera que toda su magestad consistia en la oscuridad, y el retiro.

En la afabilidad hay una especie de confianza en sí mismo que parece muy bien en los grandes, la que hace no teman envilecerse por bajarse, y que en cierto modo es un valor y fortaleza pacífica, porque el ser inaccesible y altanero, es ser débil y cobarde.

Ademas, los príncipes y los grandes, Señor, no presentando nunca á los pueblos, sino un semblante ceñudo y desdénoso, son tanto mas inexcusables,

cuanto les es mas fácil ganarse los corazones, para lo cual no necesitan esfuerzo ni estudio; pues una sola palabra, una sonrisa graciosa ó una sola mirada les bastaria. El pueblo, todo se lo agradece, porque su clase á cualquiera cosa da valor. Sola la serenidad de semblante del rey, dice la escritura, es vida y felicidad para los pueblos; y su porte suave y humano, es para los corazones de sus súbditos lo que el rocío de la noche para las tierras secas y áridas: *In hilaritate vultus regis, vita; et clementia ejus quasi imber serotinus.* (Prov. XVI, 15.)

¿Y será permitido dejar que se enagenen corazones que pueden ganarse á tan poca costa? No es envilecerse á sí mismo el despreciar hasta tal extremo todos los hombres? Y puede merecerse el nombre de grande cuando ni siquiera se sabe sentir lo que valen aquellos?

¿No ha impuesto ya la naturaleza penas bastante grandes á los pueblos y á los desgraciados, con haberlos hecho nacer en la dependencia, y en cierto modo en la esclavitud? No basta el que la humildad ó la desgracia de su condicion

los obligue é imponga una especie de ley el abatirse y prestar homenages, y ha de ser todavía preciso hacer mas grave el yugo con el menosprecio y con una altivez que le es característica? No basta que su dependencia sea un castigo, y ha de ser aun preciso el que se avergüencen de ella como de un crimen? Y si alguno debiera avergonzarse de su estado, habia de ser el pobre que le padece ó el grande que abusa de él?

Es verdad que muchas veces solo el mal carácter, mas que el orgullo, quita del semblante de los grandes aquella serenidad que los hace accesibles y afables; de modo que es una desigualdad de capricho mas que de altanería. Ocupados en sus placeres, y cansados de recibir homenages, no los admiten sino con disgusto, y parece que la afabilidad es ya para ellos una obligacion importuna y una carga insufrible. Les cansan los honores que se les tributan á fuerza de recibirlos, y muchas veces huyen de los homenages públicos, por no manifestar el ser sensibles á ellos. ¡ Pero cuan duro es menester ser para incomodarse á fin

de no parecer humano! ; No es una barbarie, no solo no conmovirse por las demostraciones de amor y respeto que hacen nuestros inferiores, sino aun el recibirlas con enojo? No es manifestar claramente que no se merece el afecto de los pueblos, cuando se desechan los testimonios mas tiernos de él? Se podrán alejar por excusa los momentos de mal humor y de pesar que son inherentes de los cuidados de la grandeza y de la autoridad? Es acaso privilegio de los grandes el mal humor para que pueda excusarle sus vicios?

Si alguna vez fuese permitido el ser tétrico, extravagante, mohino y enfadoso á los demas y á sí mismo, deberia serlo á los infelices oprimidos por el hambre, la miseria, las calamidades, las necesidades domésticas y todos los cuidados mas tristes; porque serian mucho mas perdonables, si teniendo ya muchas veces en su corazon el luto, la desesperacion y la amargura, manifestasen exteriormente algo de lo que padecen. Pero los grandes y los venturosos del mundo para quienes todo es hala güe-

ño, y á quienes no les falta en todas partes la alegría y los placeres, pretenden sacar de su felicidad misma un privilegio que disculpe sus extravagantes penas y sus caprichos; que les sea mas permitido el ser enfadosos, inquietos é inaccesibles, porque son mas dichosos; y mirar como un derecho adquirido á la prosperidad el de oprimir tambien con su mal humor á los desgraciados que ya gimen bajo el yugo de su autoridad y de su poder. ¡ Gran Dios! ¿ Seria por ventura privilegio de los grandes, ó castigo del mal uso que hacen de su grandeza? Porque lo cierto es, que los caprichos y los tristes pesares parecen ser el patrimonio de los grandes, y la inocencia de la alegría y de la serenidad solo se halla en el pueblo.

Pero la afabilidad que nace de la humanidad no es una de aquellas virtudes superficiales que solo existen en el semblante, sino un sentimiento que proviene de la ternura y de la bondad de corazon. La afabilidad solo seria un insulto y una burla para los desgraciados, si mostrándoles un semblante suave y franco, les

cerrase nuestro corazon; y solo nos hiciese mas accesibles á sus quejas, para ser mas insensibles á sus penas.

Los desgraciados y los oprimidos solo tienen derecho de acercarse á los grandes para encontrar en ellos la proteccion que les falta. Si, hermanos míos, las leyes que han atendido á la defensa de los débiles, no bastan para preservarlos de la injusticia y de la opresion; y la miseria se atreve pocas veces á reclamar las que se han establecido para protegerla; porque el crédito les impone silencio frecuentemente. Corresponde pues á los grandes hacer que el pueblo recobre la proteccion de las leyes; de modo que la viuda, el huérfano, y cuantos son pisados y oprimidos tienen un derecho adquirido al favor y poder de aquellos, á quienes solo se les dió para esto; y por tanto deben presentar á los pies del trono las quejas y los gemidos del oprimido; porque son como el conducto de comunicacion y el vínculo de los pueblos con el soberano; pues que este no es otra cosa, que el padre y pastor de sus súbditos. Por esta razon los pueblos